



ZOE DURÁN
Y LA DAGA DEL VIENTO

María Durán Domínguez

ZOE DURÁN
Y LA DAGA DEL VIENTO



Primera edición: mayo 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Durán Domínguez

ISBN: 979-13-88195-60-0

ISBN digital: 979-13-88195-61-7

Depósito legal: M-12037-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Amapolas, Rosas y Margaritas

*Gracias a las personas que me enseñaron que la suma de las letras
no solo crea palabras, sino historias,
porque ellos me enseñaron a amar y a ser amada.*

*Por la familia que a diario me enseñó a contar historias sin palabras,
a crear vínculos con abrazos y a estar presente a pesar de la distancia.*

*Gracias a quien en el camino me quitó las piedras que no veía y me
sostuvo en las caídas.*

*Gracias a las rosas azules, las amapolas rojas y las margaritas blancas
que me hacen sentir dueña de un jardín de ensueño.*

Introducción

Las estrellas brillaban con la energía del verano. El cálido aroma y la brisa refrescante hacían de la escena un paraíso idílico. Podía escuchar el ulular de los búhos e incluso parecía como si los árboles me hablaran.

Era una escena paradisíaca, un lugar perfecto por el que caminar despreocupadamente.

Algún animal se mostraba intranquilo en unos matorrales a mi izquierda. Se movían nerviosamente de un lado a otro causando un gran estruendo, aunque he de decir que esos bichos no me robaban demasiada atención.

Tenía otras cosas en mente. Era la víspera de mi primera casi muerte, motivo de celebración para todos.

Aunque también me preguntaba algunas otras cosas, del estilo de: ¿cómo es posible correr tanto por el bosque sin tropezar cuando cada vez que doy dos pasos despistada me caigo de bruces?, o incluso puede que pensase en quién era el chico que tenía a mi lado.

Te preguntarás en este momento dos cosas fundamentales: ¿cómo que «primera» y cómo que «casi» muerte?

A la primera pregunta sí sabría responder. Al parecer, soy una chica de muerte deseada, pronto descubrirás por qué, pero escucha, garantizo que no es mi culpa en casi todos los casos, y, en cuanto a la segunda. . . , al igual que a la mayoría de preguntas que me hacen, no sé la respuesta.

En algún momento de esta loca noche dejé de sentir mi propio cuerpo. Era como si un impulso me moviese y no fuera yo quien lo hacía, como si me controlasen.

Creo que para explicar mejor lo que siento ahora debería irme un poco atrás, tal vez al comienzo del día o incluso de cómo sucedió todo.

Capítulo 1

Vamos a ir atrás, a este mismo día, pero por la mañana, mucho antes de saber todo, mucho antes de saber nada.

Cuando escuché la alarma, me puse en alerta de inmediato. Mi divertido instituto me esperaba.

Estiré el brazo hasta alcanzar el aparatoso reloj rojo que tenía sobre la mesilla. Le di un golpe bastante duro antes de levantarme y casi caerme a la fría madera.

Me vestí con lo primero que vi en el armario, lo de todos los días: unos pantalones vaqueros azules anchos, zapatillas de correr blancas y una sudadera ancha del mismo color en la que cabría yo, mi ego y un duplicado de mí misma.

Me detuve en el baño por necesidad; mi cara de muerta haría llorar a todos los niños pequeños en un kilómetro a la redonda. Mi pelo parecía un nido de pájaros, y no solo por el rubio natural. Cada uno de mis cabellos había tomado su propia dirección, salvo los que habían decidido colaborar entre sí y hacer nudos. Mis ojeras no eran excesivamente pronunciadas, pero contrastaban con mi pálida tez y resaltaban mis verdosos ojos.

Tras unos minutos de higiene personal en el cubículo que tenía por baño y una ducha cálida, salí como nueva.

A pocos pasos estaba mi cocina. Tomé un sándwich que me había hecho la noche anterior y había dejado a medias, y comencé a dar vueltas por la sala mientras sonaba de fondo la tele.

La madera vieja y sonora me daba escalofríos, nunca me acostumbraría al chirrido de las bisagras...

Cuando me quise dar cuenta, los minutos habían volado y la hora ya se me había echado encima. Llegaba tarde a clase, como aproximadamente todos los días de mi vida, así que sí, daba un gran ejemplo como estudiante puntual.

Salí corriendo por la puerta con parte del desayuno en la boca y la mochila colgada de forma holgada sobre mi hombro. El autobús me había vuelto a dejar tirada y el instituto estaba a más de veinte minutos a pie, lo que a mí me supondrían cinco a una velocidad de muerte.

El timbre sonó cuando aún me quedaba medio camino, así que tuve que aumentar aún más el ritmo.

Cuando llegué, me preparé mentalmente para la bronca del señor Ramírez.

Vi a lo lejos la fachada del enorme centro al que asistía: las paredes recubiertas por piedras y las ventanas de madera y vidrio que se atascaban casi siempre. La puerta principal estaba abierta, pero pude ver cómo el conserje estaba comenzando a cerrarla.

Aceleré todo lo posible mientras gritaba su nombre

—¡José, José!—. Me quedé sin voz durante el proceso, pero al menos conseguí que me esperase.

—El próximo día no te abriré —me advirtió con una mueca ceñuda. Ojalá haber sabido antes que no volvería allí más. Tal vez hubiese celebrado una fiesta incluso.

Atravesé los pasillos a hurtadillas hasta que llegué a mi aula. La puerta estaba entreabierta y aproveché el pequeño espacio para tratar de colarme disimuladamente. Obviamente, no tuve tanta suerte.

—Señorita Durán —su voz era grave y carraspeaba como de costumbre. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y me quedé quieta en el acto—, llega tarde de nuevo —indicó, a lo que no pude reprimir expresar una pequeña sonrisa ladeada.

—Lo lamento, he perdido el autobús y... he tratado de venir lo antes posible. Lo siento, Nicolás. —Me mostré cabizbaja mientras trataba de demostrar un arrepentimiento un tanto forzado, el cual,

siendo honestos, solo él se podía creer, aunque no parecía muy por la labor.

Vi como el resto de mis compañeros contenían la risa o la tapaban con sus manos. Ojalá ser yo quien viera la escena en vez de vivirla, pero no gozaba de tanta suerte nunca, aunque en esta ocasión resultaba un tanto cómica.

El señor Ramírez era un hombre de mediana edad y corta estatura. Su pelo tenía forma de herradura y apenas se podía ver lo por lo canoso que era. Siempre llevaba un traje marrón con corbata roja; supongo que él así se creería imponente, aunque todos lo viéramos como a un payaso de circo.

—No tome tantas confianzas. Para usted soy el señor Ramírez, no somos amigos, señorita. Usted es una de mis alumnas menos predilectas, así que ahora tenga la decencia de pasar por dirección para que se haga registro de sus fechorías de nuevo.

Su tono era firme y amenazador. Hubiese resultado más amable que me pusiese una daga sobre la yugular y me hubiese pedido que cantase un rato, pero dudaba que él fuese tan amable como para tener un arma y no matarme directamente.

Asentí vagamente y fui a visitar al rector, como acostumbraba a hacer prácticamente cada lunes, o martes, o miércoles... Dejémoslo en que solía ir bastante.

—Buenos días, Sr. Smith, no quiero importunar, pero me ha mandado el Sr. Ramírez para que le hable de mis fechorías indecentes.

Reprimí mis ganas de vacilar o de soltar algún comentario mordaz, ya sabía que, si lo hacía, acabaría firmando mi sentencia, pero eso no eliminaba mis ganas. El señor Smith era un hombre agradable y afable, no tenía comparación con el cascarrabias del señor Ramírez.

—Déjeme adivinar, ha vuelto a llegar tarde.

Sonaba tan despreocupado que parecía como si se tratase de un amigo al que le cuentas lo mal que te ha salido ese examen que no estudiaste.

Realmente, el rector parecía un hombre comprensivo. No tenía ni la mitad de edad que mi odiado profesor de Historia, tenía el pelo castaño muy claro y una pequeña barba incipiente que nunca aumentaba ni disminuía. A diferencia del profesor, el rector nunca llevaba traje.

Siempre vestía con unos pantalones arreglados negros y una camisa formal de estampado extravagante junto a unos mocasines del mismo color de la camisa y unas gafas de sol que impedían ver el color de sus ojos. Había rumores de que eso era porque el rector no tenía ojos, pero yo, la verdad, no creía en cosas así. Siempre creí que era cuestión de estética. Le quedaba bastante bien y se veía enigmático.

Mantuve el silencio y esperé algún tipo de réplica o comentario por su parte, pero al parecer no tenía un día muy conversador.

—Váyase a su casa en lo que yo relleno su expediente.

Eso no me lo esperaba. ¿Irme? ¿Pero qué es de la sala de castigos? Me extrañó oír esa queja de mí misma, pero no podía creer que ya me hubiera dado por perdida el propio director del centro. ¿Adivina a quién le tocará cambiar de instituto al año que viene? En efecto. Empezaré a buscar alguno cuando llegue a casa, tal vez incluso en otro pueblo.

Me coloqué la mochila sobre ambos hombros y salí de la sala, pero justo antes me indicó una extraña... ¿petición?

—No se vuela por los pasillos, señorita.

Inicié la carrera y en menos de lo que esperaba había salido de la ciudad. Mi idea era llegar a mi casa, pero parecía que mis pies circularan a su propio ritmo.

En contra de toda lógica, vi como los paisajes pasaban por mi lado como si estuviera en un coche, pero no me cansaba, sabía que iba corriendo porque sentía el suelo contra mis zapatos, pero no lograba fatigarme. Supongo que era mi habilidad especial.

Tras mi extraña caminata, acabé en medio de una fábrica de lo que supuse que eran platos, o al menos a eso se pudo dedicar en sus inicios. Ahora solo era un montón de paredes en ruinas o totalmente destruidas y prácticamente inservibles.

La pestilencia parecía reciente, como si el olor a roña de los platos sucios de la vajilla de hace treinta y tres años nunca se hubiese ido. Investigué un poco la zona. Las cintas corredizas estaban oxidadas y las sillas y mesas de trabajo desperdigadas por el suelo como si algo o alguien las hubiese tirado, golpeado con toda su fuerza y dejado ahí a esperar a que se reconstruyeran solas.

Un ruido me sacó de mi trance y me devolvió a la realidad. Alguien andaba ahí y, que yo supiera, aquella industria en ruinas no era el principal sitio turístico del pueblo, por muy básico y aburrido que resultase.

No es que el ruido fuese sutil y yo tuviera un buen oído, que también, es que quien fuese que estaba conmigo tenía complejo de pies de elefante. Hacía un ruido similar al de una taladradora.

—¿Qué hago aquí? —preguntó una voz desconocida.

Agudicé mis sentidos al máximo y pude vislumbrar una sombra a lo lejos. Cada vez se hacía más clara y prácticamente podía canalizar sus facciones. Si mi vista no me fallaba, que no acostumbra a hacerlo, era un joven de edad cercana a la mía, es decir, debía rondar los quince años. Iba con un pantalón de chándal negro y una sudadera básica roja con unas letras negras que expresaban algo en algún extraño idioma. Su conjunto en sí se veía dañado, tal vez incluso quemado. Su piel morena acompañaba a unos rizos castaños bastante pronunciados, junto a unos ojos del mismo color y lo que parecían unas pequeñas y sutiles pecas que marcaban sus mofletes y nariz.

Parecía desorientado. No entendía por qué había hablado si él estaba solo o eso creía. ¿Quién se pregunta a sí mismo qué hace en algún lugar? Puede que suene irónico, ya que yo me lo preguntaba en aquel momento, pero dejemos ese tema a un lado. Yo solo lo pensaba, no lo exteriorizaba.

Sus manos se mostraban ocupadas frente a su regazo con lo que parecía un mechero, extraña acción para realizar en medio de la nada. Aquel ligero gesto me dio la curiosidad necesaria para centrarme en qué estaba haciendo yo con mis propias manos. Es de-

cir, nada útil, tan solo apretando mi muñeca derecha con una vieja goma negra.

Las cejas del chico estaban muy pobladas y marcadas. No parecía tener una expresión ceñuda o de enfado, sino más bien de duda o confusión.

—¿Hay alguien ahí? —El mechero de su mano se prendió de inmediato y sentí como el calor inundaba la estancia.

Una voz en mi mente me instaba a avanzar, pero mi radar sobre el peligro estaba activo y me indicaba que él señalaba el máximo posible. Tenía un gran letrero con letras en negrita rojas y en neón que decía «¡NO!».

—¿Quién eres? —pregunté mientras me escondía tras unas cajas viejas y polvorientas, el mejor refugio de los héroes.

—Eso quería preguntarte yo —respondió esa voz. Sonaba dulce, tal vez un poco temerosa, aunque expresaba un tanto de arrogancia falsificada, como si tratase de imponerse aun estando muerto de miedo.

Entendí su situación y salí de mi escondrijo. No fue lo más inteligente por mi parte, pero lo vi necesario por alguna razón que aún no sé procesar. Tal vez, simplemente, hice caso a lo que me ordenaban mis pies de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, pero antes de que pudiese responder o pensar en hacerlo centré todo mi interés en sus manos, en cómo se juntaban y una llama salía de las mismas, como si el mechero fueran sus dedos y lo encendiera a su gusto. La idea era algo loca, pero así lo percibía, lo que no ayudó a mi tranquilidad en absoluto.

—Eso quería preguntarte yo —repliqué mientras inspeccionaba su rostro de nuevo buscando nuevas facciones que la luz me dejara ver, pero eran las mismas que vi desde tanta distancia.

—Soy Luca, teka del fuego y, en definitiva, no sé qué hago aquí.

Una sonrisa se desplegó en mi boca, aunque no entendía algunas de sus palabras. Supuse que sería un mote infantil o alguna broma que tuviera con sus amigos y que inconscientemente me hubiera dicho a mí.

—Yo soy Zoe y tampoco sé cómo he llegado.

Cada vez estábamos más cerca, pero seguía teniendo dudas sobre por qué no huía lo más rápido que pudiese. Estaba segura de que no sería capaz de alcanzarme, nadie lo había logrado nunca.

—¿Por qué he de creerte? —preguntó al rato, como si se hubiera quedado sopesando mis palabras.

—¿Y por qué he de creerte yo a ti? Estamos igual, o confiamos o huimos, tú decides. —Mi voz sonaba calmada y su postura se relajó por un instante. Llevaba un rato andando hacia mí hasta que, de repente, comenzó a mirar perplejo a sus alrededores.

—No estamos solos —exclamó al frenar en seco.

Mi cerebro buscaba amenazas, pero se perdía en el calor que emanaba aquel chico.

Espera... calor, fuego... Le miré más fijamente. Estaba segura, la llama salía de sus dedos, pero eso no era posible. Una corriente helada recorrió mi cuerpo y sentí como toda la oscuridad del mundo se cernió sobre mí.

—Ya sois míos, jóvenes tekas.

Capítulo 2

Lo primero que pasó por mi cabeza, y probablemente también por las vuestras, fue: ¿qué está pasando ahora? ¿Quién ha dicho eso y qué significa eso de «teka»?

Primera respuesta: a saberse, no soy adivina. Segunda: paciencia, que aquí quería llegar.

Luca corrió hacia mí prácticamente volando y tomó mi mano antes de continuar su carrera, y me dio un brusco tirón, activando mis sentidos.

La noche se cernió sobre ambos y parecía como si el bosque nos tragase.

Nunca nadie había conseguido alcanzar mi velocidad cuando el miedo se apoderaba de mí. Que este chico lo lograra me sorprendió gratamente. Corrí a su lado como si fuera mi compañero de batallas de toda la vida, de hecho, sentí como si viera escenas de su vida pasar por mi mente. Pude ver por unos instantes cómo un niño similar a él corría a abrazar a una anciana. Tenían los mismos rasgos predominantes y supuse que era su abuela. Tal vez era él o tan solo se trataba de otro chico moreno joven e inquieto. Podría haber dudado si no tuviera esa misma mirada atemorizada y juguetona a la vez, como la de un niño cuando ha de liderar y no quiere fracasar.

Sus manos irradiaban un calor inhumano y sentía como si el viento que azotaba nuestra espalda nos impulsara bruscamente, evitando el titubeo al correr y haciendo que la inercia nos moviese.

Todo por algo o alguien que nos perseguía. No hacía falta mirar atrás para saber que cada vez se acercaba más y que nos pisaba los

talones. La ira recorrió tanto mi cuerpo como el de mi acompañante. Lo noté cuando se tensaron sus brazos de inmediato.

—No podréis huir de mí.

Su voz era como un susurro dentro de mi mente, como si usase telequinesis en vez de las palabras. Era una voz femenina, persuasiva, e incluso denotaba una cierta preocupación, como cuando tu madre te regaña por suspender y notas su enfado y su pena a la vez.

—¿Sabes cómo encarar a «eso»? —pregunté tras muchos minutos de duda.

—Solo tenemos que llegar al claro, ahí no habrá nada que pueda luchar contra mí. —La determinación de su mirada me decía que se guardaba un as bajo la manga, algo casi tan peligroso como lo que nos perseguía.

Avanzamos alrededor de un kilómetro en esa locura plena. Al llegar a nuestra parada se liberó el caos. Nos separamos por centímetros, de manera que ambas manos quedaban a la distancia justa para volver a juntarse si era necesario, pero también a la misma para que no invadiésemos el espacio del otro.

Esa sensación de vacío que nos seguía ahora estaba con nosotros. La sentí recorrer mi interior, descolocándome e impulsando mis mayores temores. Atisbos de recuerdos cruzaron mi mente, pero uno en particular me hizo temblar.

Sentía unas garras afiladas sobre mis brazos y la sangre brotando de ellos. Pedía clemencia, pero las palabras no salían de mi garganta, solo podía llorar y gritar, pedir socorro aun sabiendo que no llegaría.

Comencé a recordar el olor a galletas que venía de la cocina aquella noche e incluso recordaba el calor que hacía antes de que nos fuésemos...

—Solo ha sido un pequeño juego —murmuró aquella voz.

Me resultaba demasiado conocida, pero no sabía por qué, no lograba asociarla a nada, ni tan siquiera a un mísero momento de mi vida. Sin embargo, estaba segura de que la conocía de algo.

Traté de juntar toda mi fuerza de voluntad para resistirme a las garras, pero de nuevo sentía como las heridas volvían a abrirse. Eran mi recordatorio permanente de lo que había vivido.

De repente, las visiones pararon. Ya no estaba junto a Luca; ambos estábamos arrodillados en el suelo.

Notaba una presión que me hundía la cabeza, pero no podía permitirme caer de nuevo.

Gritaba con toda mi rabia aun a sabiendas de que nadie lo oiría. Era una llamada de socorro a la nada, aunque supiese que se iba a perder en el aire..., pero de repente algo cambió.

De algún modo, algo dentro de mí se avivó. Sentí un poder que me inundó y me permitió levantar la vista. La escena era horripilantemente simple. Tan solo vi cómo la figura de una esbelta y delgada mujer se paseaba por delante de nosotros asestando golpes a mi compañero con el bastón, haciendo que se retorciese de dolor en el suelo polvoriento.

Nunca había sentido tanto miedo y tantas dudas sobre mi vida como cuando la miré a los ojos. Era el negro más puro que jamás había visto. Hubiera sido incluso hipnótico de no ser por el contraste que hacían las partes visibles de su piel, que no alcanzaban la pureza del vacío de la misma manera. Sentí que esa forma era una mera ilusión y que lo que fuese que tuviera delante era mucho más aterrador de lo que creía, pero no quería imaginarme qué sucedería si esa ilusión desaparecía.

Me acerqué al chico, tomé su cabeza y la levanté, sacándole del trance y preparándole para lo que se avecinaba. No sabía qué era, pero mi radar de peligro me decía que debía hacer algo ya.

Me gustaría decir que hubo un duelo catastrófico en el que destrocé a la joven que había frente a mí, pero la verdad es que no fue así. Simplemente, se rio, una risa que no expresaba nada positivo en absoluto. Resultaba deprimente e incluso me enfadó aún más.

Me centré en el aire que me golpeaba para relajarme y prácticamente levité para concentrarme. Mientras tanto, vi cómo Luca se quedaba asombrado frente a la figura que teníamos delante. Sus ma-

nos empezaron a echar humo y pareció centrarse en ello, no sé si para invocarlo o frenarlo, pero en ambos casos hubiese sido en vano.

—Con que al fin os encuentro, tekas astutos. Creíais que os libraríais de mí... Nadie engaña a la muerte y, mucho menos, dos veces, pequeña chinthu.

Su discurso me heló la piel. Cada vez que oía aquella voz sentía un frío invernal por dentro de mi propio ser, como si estuviese jugueteando con el pulso de mi corazón, pero cuando me dirigió la palabra a mí expresamente... Entonces sentí que de verdad había llegado al final.

No podía hablar o moverme, estaba paralizada del propio miedo y parecía que cada vez tenía más seguridad aquel ser. Su risa enlatada y demoniaca frenó gracias a la aparición de un cuervo.

Se miraron y al instante comenzaron a entablar lo que parecía una conversación bastante acalorada en la cual yo, la verdad, es que no quería ser partícipe de ninguna manera. Sentí de nuevo mi propio cuerpo y comprendí que mientras estuviese entretenida podría atacar, pero no tenía la valentía necesaria ni sabía qué hacer.

Aquella sonrisa fría que me había helado anteriormente se desvaneció, dejando paso a una mueca de desdén. Parecía que aquel ser iba a desaparecer, pero justo antes de hacerlo consiguió petrificarme de terror de nuevo.

*Cuidad y temed vuestros vuelos,
las bogueras y a los riachuelos.
Ante el oscuro os postraréis,
mas por un camino que no creéis
escucharéis la llamada del seis
y ante las puertas del destino caeréis.*

Tras este frío mensaje se llevó a las sombras consigo y desapareció la oscuridad del lugar.

El sol volvió a brillar y el calor recuperó su lugar en aquel claro.

Pasaron unos segundos en los que sentí cómo mi cuerpo estaba inmóvil al completo. Era una sensación de impotencia que

me estaba carcomiendo internamente, sobre todo porque ya había sucedido todo y no había hecho nada.

—¿Se ha ido? —balbuceé casi en un sollozo.

—No puede ser... mdima no... —El chico daba vueltas por el claro con las manos en la cabeza. Unas cenizas se metieron entre sus rizos, haciéndolo ver como si acabara de estallar en llamas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás loco o qué? —Quería temblar, me sentía agotada, como si mi energía se estuviera consumiendo.

El chico paró en seco y me miró fijamente a los ojos. Ese color almendrado resultaba admirable, incluso un atisbo fogoso salía de él.

—Tú... ¿lo entiendes? —Sonaba esperanzado, como si hubiese dado con la solución de su vida.

—Definitivamente, estás loco —sentenció.

—¿De verdad no lo entiendes? Esto es increíble, está claro que eres una teka per...

Le corté en el acto.

—¿Cómo que soy una tela? ¿Me estás insultando en algún idioma que no conozco o algo así? Estaba confusa y no me gustaba. Habitualmente era yo quien controlaba las situaciones, al menos eso me gustaba pensar. No me gustaba no entender qué pasaba y sentirme tan indefensa. No podía seguir así o me daría un ataque, aunque realmente quien parecía atacado era él.

—No. Teka, un espíritu, ya sabes, el aire, fuego, agua..., todo eso.

Comencé a reírme como una demente. Había escuchado estupideces a lo largo de mi vida, pero esa se llevaba la palma.

—Creo que necesito saber a qué te refieres con *espíritu* antes de que me dé otro ataque de risa.

—Ven conmigo y te lo enseñaré.

Le seguí mientras trataba de controlar mi humor. ¿Qué sería eso de ser un espíritu?, ¿hacer un ritual raro y tener superpoderes?, porque, si era así, yo siempre había querido ser invisible.

Avanzamos por una ladera tomando un camino excesivamente largo, dimos rodeos por varias calles y subimos y bajamos monta-

ñas en vez de ir por las partes más bajas. Sentía como si mi cuerpo levitase de la emoción y la locura de dicha situación, lo que me relajaba a la par que agotaba. Pasamos de largo todas las cabañas, casas o instituciones habitables hasta llegar a un campo desértico, un descampado sin pasto, árboles ni apenas ningún atisbo de vida.

Por la comodidad por la que Luca se desenvolvía, intuí que este era más que un campo deshabitado para él, aunque he de decir que nadie que viese este sitio podría verlo como él.

—¿Me quieres explicar ya eso de ser un espíritu o tengo que volver a morir antes? —Ironiqué la última parte.

Seguía sin entender la frase de la psicópata de antes, «nadie engaña a la muerte dos veces», ¿dos? No recordaba haberlo hecho ni una sola vez siquiera como para encima repetirlo, y en segundo lugar, ¿cómo iba a ser yo una *chinthu* o lo que fuera eso? Eso resulta imposible o tal vez no. A decir verdad, no sabía qué me había llamado.

—Sé que voy a sonar como un loco, pero puedo demostrártelo. —Se quedó en silencio y completamente quieto durante varios minutos.

Al tiempo vi como de sus manos comenzaron a brotar chispas hasta que un fuego bien formado se forjó. Me quedé boquiabierta, he de admitirlo. Había sentido como lo hacía antes, pero no lo creía del todo. Pensé que era mi imaginación jugándome una mala pasada, como cuando había visto a aquel chico correr por encima del agua como si fuese hielo o esas locuras que veía de pequeña antes del incidente, pero no, esto era real, Luca lo era y estaba... ¿quemándose la sudadera?

—Guau, veo que tienes mucho control—. Traté de evocar un poco de humor, pero no me veía con suficientes fuerzas para ello.

—Suelo hacerlo con más cuidado, pero estoy nervioso y he gastado mucha energía enfrentándome a la mdima, no soy tan perfecto. Y ahora ¿me vas a dejar seguir hablando?

Asentí con vehemencia mientras me sentaba cuidadosamente en el suelo. Estaba exhausta y no sabía cuánto podía durar esto.

Mi paciencia es más bien limitada y mi capacidad para centrarme pasa de cero a cien y de cien a cero en segundos. O capto todo a la primera y me concentro o me desvío directamente y no entiendo absolutamente nada.

—Verás, Zoe, no somos espíritus exactamente, somos la creación de uno. A veces, cuando morimos, nuestras almas son demasiadas puras para ser castigadas, pero no han hecho nada heroico como para ser premiadas, y entonces salimos nosotros. Somos, por así decirlo, una segunda oportunidad. Básicamente, en ocasiones, cuando un alma es lo suficientemente pura, hay espíritus que se fijan en ella y la recrean. A lo mejor le cambian el nombre, pero la hacen a su imagen y semejanza. Lo que pasa es que nos dejan una serie de... poderes... Cada elemento deja unos. Mi creador fue el fuego y por eso lo controlo, pero hay muchos más distintos, como el aire, agua o incluso la oscuridad —paró, a lo que yo simplemente cerré los ojos y traté de centrarme en sus palabras en vez de soltar algún comentario sarcástico. Parecía que realmente lo decía en serio. ¿Cómo alguien podía tomarse algo así en serio?

«Hola, muy buenas. Yo domino el fuego y tú algo que ni yo sé», esa es más o menos la presentación que estaba haciendo Luca.

—Con otras palabras, yo soy Luca Martín, creado por el fuego y encargado de mantener el orden. Aún no sabemos quién es tu creador, pero, por lo que has hecho hoy, apostaría a que eres del aire.

Por unos segundos me creí todas las palabras de Luca, de verdad sonaban convincentes y un aplauso por el chico que sabía ganarse a la gente, podría ser un buen político. Sin embargo, sabía que a su vez eran imposibles, aunque algo me hacía querer creer. No sé si se trataba de una manera de explicar lo que llevaba años viviendo sin entender o simplemente porque estaba agotada, pero decidí creerle, por lo menos por aquel momento.

Me sentí como una loca por querer creerlo, pero eso explicaría muchas cosas, estoy segura de que lo haría...: lo sucedido con mi familia e incluso tal vez... Bueno, muchas más cosas que me dan

miedo incluso pensar. Así que llámame loca, pero decidí creer la mayor estupidez que había escuchado en mi vida, aunque me costó un poco más de lo que pienso admitir.

—¿Por qué crees que soy una creación del aire? —pregunté con cierto nerviosismo mal disimulado.

—Porque eres muy veloz corriendo. Hemos podido huir de mdima porque tú me impulsabas con el aire, ya que, si no, no habríamos ido tan rápido. A veces parece que saques fuerza del viento y, ah, sí, levitas cuando estás nerviosa.

Miré mis pies y por un segundo no podía creer lo que estaba viendo. ¿De verdad estaba volando? ¿Y si todo este tiempo he estado haciéndolo sin darme cuenta? Creo que me estaba empezando a confundir aún más.

—Pero... ¿si los espíritus nos crean, por qué nos quieren destruir? —Me pareció una pregunta razonable aun tratándose de muertes y espíritus.

—No todos están de acuerdo con crearnos. Los tekas somos poderosos, a veces demasiado. Algunos pueden alterar ese orden.

Definitivamente, este chico no estaba bien de la cabeza. ¿Cómo una réplica con poderes de alguien va a poder vencer a quien lo ha creado? ¿Y por qué me estoy haciendo estas preguntas como si fuese real? Dios mío, cada vez estoy peor.

—Yo me encargo de controlar a ese tipo de tekas. Creo que por eso algo me ha llevado a ti esta mañana. —Hizo una pausa dramática que me hizo replantearme todas sus palabras. Luca debería probar en el teatro, le iría bien.

—Alguien teme tu poder, Durán, y créeme, si me han reunido contigo, es que algo muy gordo se avecina.